



S. PABLO APÓSTOL.

pre de un porte ejemplar! ¡qué inmensos bienes harán en la corte y en sus estados los monarcas y los principes, cuando amantes de la religion hacen que florezca en ellos la rectitud y la justicia! Pon en práctica estas reflexiones.

DIA TREINTA.

SAN PABLO, APÓSTOL.

San Pablo, apóstol, doctor de las gentes y oráculo del mundo, fué judío, de la tribu de Benjamin, y se llamaba Saulo. Nació en Tarso, ciudad célebre de Cilicia, dos años despues del nacimiento de nuestro Señor: por su nacimiento era ciudadano romano, privilegio que concedió el emperador Augusto á los Tarsenses en premio de su fidelidad. Su padre, que profesaba la secta de los fariseos, le envió á Jerusalem, siendo aun muy niño, para que le educase y le instruyese en ella Gamaliel, enseñándole la doctrina de la ley y de las tradiciones. En poco tiempo hizo grandes progresos, y siendo uno de los mas zelosos parciales de la ley, fué por consiguiente uno de los mas ardientes perseguidores de la Iglesia. Muy en breve llegó á ser furor su falso zelo. No contento con haber pedido terca y encarnizadamente la muerte de san Estéban, quiso tener el gusto de guardar las capas de los que le apedreaban. La persecucion que se excitó contra la Iglesia en Jerusalem despues de la muerte del protomártir, dió buena ocasion de satisfacer su implacable odio á este furioso enemigo de los discipulos de Cristo. Corria la ciudad, entraba en el templo, registraba las casas, y sacaba de ellas con

violencia á cuantos creían en el Señor, arrastrándolos por las calles, metiéndolos en los calabozos, y cargándolos de cadenas.

Parecian muy estrechos los límites de la Judea, de la Galilea y de la Palestina para contentar el mentido zelo de este furioso perseguidor. Respirando sangre, muertes y carnicería de los fieles, se presentó al consejo, pidiendo cartas y requisitorias dirigidas á las sinagogas y á los judíos de Damasco, con pleno poder para perseguir y proceder contra todos los cristianos, para exterminar, si pudiese, aquella recién nacida Iglesia. Partió para Damasco con amplísimos poderes, echando retos y fulminando amenazas. Ya estaba cerca de la ciudad, cuando hacia la hora del mediodía vió de repente desprenderse del cielo una extraordinaria luz, mas resplandeciente que el sol, que le rodeó á él y á todos los que le acompañaban. Atónitos y atemorizados cayeron todos en tierra; y estando Saulo derribado en ella, oyó una voz, que clara y distintamente le decía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?* Conmovióse su corazón al oír tan amorosa como no esperada queja; y recobrándose un poco, respondió: *¿Quién sois vos, Señor? Yo soy Jesus,* le replicó el Salvador, *á quien tú persigues. En vano te empeñas en recalcitrar contra mí.* Al oír esto Saulo, temblando, turbado y fuera de sí, exclamó: *Señor, ¿qué quereis que haga? Levántate,* respondió el Salvador, *entra en la ciudad, y allí te dirán lo que debes hacer.* Los que le acompañaban no estaban menos aturridos que él: oían confusamente la voz, pero sin percibir lo que decía, ni ver á quién hablaba; solo Pablo veía al Salvador distintamente. Levantóse del suelo, abrió los ojos y hallóse en tinieblas, de modo que fué menester le condujesen por la mano á la ciudad, donde estuvo tres dias naturales sin ver, sin comer y sin beber.

En este tiempo, reveló Dios lo que pasaba á uno de los discipulos llamado Ananias; éi cual fué á la posada de Saulo, puso las manos sobre él, restituyóle la vista, instruyóle suficientemente y le administró el bautismo.

Así como jamás hubo conversion mas ruidosa, tampoco la hubo nunca mas sincera, pues el mas furioso perseguidor de Jesucristo pasó de repente á ser uno de sus mas zelosos apóstoles. Predicaba, demostraba la divinidad de Jesucristo, y confundía á cuantos disputaban al Salvador el augusto timbre de verdadero Mesías. Atemorizó á los Judíos un predicador de tal carácter; porque, sobre estar perfectamente instruido en la Escritura, era de genio vivo y eficaz, con cierto aire de autoridad en cuanto hacia, que se llevaba el respeto y los corazones de todos. Sobresaltados los doctores de la ley á vista de tan poderoso adversario; perdiendo la esperanza de restituirle, tomaron la resolución de desembarazarse de él; pero los fieles le libraron de sus manos y de su furor descolgándole una noche por la muralla, metido en una cesta.

Libre de este pelegro, pasó á Jerusalem para abocarse con san Pedro, en cuya compañía estuvo quince dias. Apareciósele Jesucristo, y le mandó fuese á predicar el Evangelio á los Gentiles. Partió á Tarso, desde donde hizo varias correrías apostólicas á las ciudades de la Siria y de la Cilicia, recogiendo, por decirlo así, un gran botín para Jesucristo. Enviaron los apóstoles á san Bernabé á la ciudad de Antioquia: halló sobrada mies para un solo operario; pidió á san Pablo que se juntase á él, y los dos apóstoles trabajaron con tan feliz suceso, que allí fué donde los fieles se comenzaron á llamar cristianos.

Tres años habia que Pablo y Barnabé predicaban en Antioquia con maravilloso fruto: hacianse en ella

con el mayor fervor todos los ejercicios de la religion; eran muy frecuentes los ayunos, y se celebraban diariamente nuestros sagrados misterios, cuando el Espíritu Santo dió á entender á los profetas y á los doctores (que se contaban en gran número) como tenia escogidos á Pablo y á Bernabé para la conversion de los Gentiles. Ayunaron los fieles, hicieron oracion, ofrecieron el divino sacrificio, y el Espíritu Santo declaró su voluntad de la manera mas precisa; pues se oyó una voz, percibida de todos los asistentes, que decia: *Segregadme á Saulo y á Bernabé para el ministerio á que los tengo destinados.* Doblaron entonces los apóstoles así los ayunos como las oraciones; impuséronles las manos, y los enviaron á la mision que les señalaba el Espíritu Santo. Partieron á Seleucia: allí se embarcaron para Chipre, entraron en Salamina, capital de la isla, y predicaron el Evangelio con tanto zelo y con suceso tan feliz, que se convirtió la mayor parte de la ciudad.

Tiénese por cierto que al principio de esta mision sucedió el famoso rapto de san Pablo hasta el tercer cielo, donde el Señor le descubrió maravillas, superiores á toda expresion, dándole la inteligencia de los mas escondidos misterios; mas porque no le envaneciesen tan singulares favores, como dice el mismo apóstol, permitió Dios que el estímulo de la carne le combatiese toda la vida; y para sujetarle, añadió á los trabajos del apostolado continuas y rigurosas penitencias.

Era á la sazón gobernador de la isla el procónsul Sergio Pablo, hombre prudente y entendido, el cual, luego que oyó hablar á nuestro santo de Cristo y de su religion, la hubiera inmediatamente abrazado, á no habérselo impedido un judío llamado Berjesu, por sobrenombre *Elymas*, que quiere decir insigne mago. Encendido nuestro apóstol en santo zelo con-

tra aquel embustero, le dijo: *Hombre malvado, tú estorbas á otros que vean la verdadera luz que alumbra á todos los que vienen al mundo, enseñándoles el camino de la salvacion; pues desde este mismo punto la mano del Señor es sobre tí, y estarás ciego sin ver el sol hasta de aquí á algun tiempo.* En el propio instante perdió Elymas la vista, y buscó quien le diese la mano para andar: milagro que asombró al procónsul, y se convirtió en la misma hora. Desde entonces dejó el apóstol el nombre de Saulo, y comenzó á llamarse Pablo.

Dejaron los apóstoles la isla de Chipre, y partiendo al Asia menor, predicaron el Evangelio en Antioquia de Pisidia, en Perge de Panfilia y en las provincias vecinas. Hallándose san Pablo en Antioquia, predicó á Jesucristo en la sinagoga con tanta eficacia y con tanta mocion, que todo el pueblo se mostró inclinado á creer en él. Sobresaltados los sacerdotes y los doctores de la nacion, vomitaron mil blasfemias contra Cristo, y se alborotaron contra los apóstoles, en cuya vista les dijeron estos: *Vosotros habiais de ser los primeros á quienes nosotros anunciásemos la palabra de Dios; pero, pues sois tambien los primeros que la despreciáis, y por vuestra misma boca os confesáis indignos de la vida eterna, veis aquí que la vamos á anunciar á los Gentiles.* Dicho esto, sacudieron el polvo de los piés, y marcharon á Iconia, donde hicieron muchas conversiones de judíos y de idólatras, entre las cuales se contó la de la ilustre virgen santa Tecla; pero los judíos, que se mantuvieron tercos en su incredulidad, conmovieron el pueblo tan furiosamente contra ellos, que estuvieron en gran riesgo de ser apedreados: alboroto que los puso en precisión de retirarse de aquella ciudad, y se fueron á Listris, Derba y otros muchos pueblos.

Estando en Listris san Pablo, sanó de repente á

un hombre tullido desde su nacimiento : milagro que obligó á aquella ciega gente á tenerle por dios; y ya iban á ofrecerle victimas y sacrificios, cuando, horrorizados los apóstoles, rasgaron sus vestiduras en señal de dolor, y exclamaron que eran unos pobres hombres tan mortales como todos los demás, y que venian á enseñarles no haber mas que un solo Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra. Llegaron á Listris algunos judios que venian de Iconia y de Antioquia de Pisidia, y concitaron el pueblo de manera que aquella veneracion se convirtió repentinamente en un popular furor. Descargó una espesa lluvia de pedradas contra san Pablo; sacóle arrastrando de la ciudad, y dejóle por muerto fuera de ella; aunque aquella misma noche se volvió á entrar el apóstol como pudo; pero al amanecer del dia siguiente se salió de Listris, porque no se excitase alguna persecucion contra los fieles.

Crecia su zelo al paso que se multiplicaban los trabajos y los peligros. Corrió con san Bernabé la Pisidia, la Panfilia, la Atalia y gran parte de la Siria, ordenando obispos y sacerdotes, y fundando iglesias en todas aquellas provincias. No es fácil imaginar lo mucho que el grande apóstol padeció por Cristo en aquellas expediciones. Él mismo da testimonio de que ningun otro sufrió mas trabajos, recibió mas golpes, toleró mas cárceles : muchas veces se vió á las puertas de la muerte en los rios, en los caminos, en el mar y en las poblaciones. No se pueden explicar los peligros á que se expuso por parte de los Judios, de los Gentiles, de los falsos hermanos, empeñados todos en desacreditarle y en perderle, sin estar seguro aun en los mas espantosos desiertos. ¡Cuántos dias pasó sin beber ni comer, y cuántas noches sin dormir, expuesto á todos los rigores del tiempo sin recurso y sin abrigo! Cinco veces fué

cruelmente azotado por los judios con nervios de bueyes; dos con varas por orden de los magistrados de las ciudades de Asia ó de Grecia; tres veces padeció naufragio; pasó un dia y una noche fluctuando entre las olas del mar, esperando ser tragado de ellas á cada momento. Pero en medio de tantos trabajos san Pablo siempre el mismo; esto es, siempre mas y mas encendido en el amor de Jesucristo; siempre mas y mas zeloso de llevar su santo nombre á todas las naciones de la tierra. Asombro causa considerar las ciudades, las provincias, los reinos y los vastos dominios que corrió este grande apóstol, anunciando el Evangelio en todos ellos.

Hizo tres ó cuatro viajes á Jerusalem; corrió, despues que se separó de san Bernabé, todas las iglesias de Cilicia, Siria y Atalia. Estando en Licaonia, recibió en su compañía á su querido discipulo Timoteo : desde allí pasó á Frigia y á Galacia, donde convirtió muchos gentiles. Llamado á Macedonia, predicó en Filipos, donde hizo maravilloso fruto : de Filipos se transfirió á Tesalónica, y desde aquí á Berea y Atenas, donde habló en el Areopago, aquel famoso tribunal de los Atenienses, declarando con tanta fuerza y con tanta elocuencia la divinidad de Jesucristo, la resurreccion de los muertos y la santidad del Evangelio, que se convirtieron á la fe san Dionisio, uno de los mas sabios y mas célebres individuos de aquella academia; una mujer llamada Damaris y otros muchos. Desde Atenas se eucaminó á Corinto, donde hizo mansion cerca de diez y ocho meses, con el consuelo de ver florecer y triunfar en aquella ciudad la religion cristiana; creciendo tanto la iglesia de Corinto por el gran número de cristianos que abrazaron la fe, que fué uno de los mas ilustres reinos de Jesucristo en los primeros siglos.

Pero quanto mayores eran los progresos que hacia

Evangelio, mas tenia san Pablo que padecer. Embarcóse en Cencrea para volver á Siria : atravesó la Galacia, la Frigia, y otras provincias del Asia mas remotas del mar : llegó á Éfeso, donde predicó el Evangelio; pero fué expelido de aquella ciudad por la conjuración de un platero llamado Demetrio, que sublevó al pueblo contra el apóstol, irritado de verlo mucho que se disminuía la venta de sus imágenes ó medallas de la Diana de Éfeso por la predicacion de san Pablo. Transitó por la Macedonia, donde se detuvo algun tiempo; y en fin, volvió por la cuarta vez á Jerusalem hácia el año de 58.

Viéndole los judios en el templo, se echaron sobre él, y pidieron auxilio para prenderle. *Este es* (decian) *aquel hombre que en todas partes predica contra la ley, contra el templo y contra el pueblo de Dios.* Del templo se comunicó luego el tumulto al populacho, y concurriendo de toda la ciudad, se arrojaron sobre el apóstol, arrastráronle fuera del templo, cargáronle de golpes, y hubieran acabado con él, á no haber acudido el tribuno Lisias, que mandaba la cohorte romana; y sacándole con gran trabajo de entre las manos de aquellos furiosos, sin mas averiguacion, ni informarse del motivo, le mandó atar, cargarle de cadenas y meterle en un calabozo. Era tan grande el concurso, que se vieron los soldados precisados á subirle sobre la escalera de piedra, que estaba á la puerta de la cárcel por la parte exterior. Cuando san Pablo registró desde ella toda aquella muchedumbre, pidió licencia al tribuno para hablar al pueblo; y obtenida, refirió públicamente la historia de su conversion; pero, cuando llegó al lance en que Cristo le mandó que predicase á los Gentiles, comenzaron los judios á dar descompasados gritos, y desenfrenarse contra él como desesperados. Para sossegarlos, le mandó el tribuno que se entrase en la

prision, con ánimo de aplicarle á cuestion de tormento; pero, habiendo sabido que era ciudadano romano, mudó de parecer, y le mandó quitar las prisiones. Informado despues que el alboroto era sobre punto de religion, convocó el consejo pleno de los judios. Apenas abrió san Pablo la boca para hablar, cuando el sacerdote descargó brutalmente en su rostro una furiosa bofetada, que el santo sufrió con gran paciencia, de modo que la junta quedó como atónita, pasmada y muda, y á breve rato se deshizo tumultuariamente. Mandó el tribuno que le volviesen á la cárcel para que no le hiciese pedazos la muchedumbre. En la noche siguiente se le apareció Jesucristo, animóle, confortóle, y le dijo que, así como habia dado testimonio de él en Jerusalem era menester que le diese tambien en Roma.

Mientras pasaba esto en la cárcel, mas de cuarenta judios habian acudido á casa del principe de los sacerdotes, protestándole que no comerian bocado hasta que á Pablo se le quitase la vida; y noticioso de todo Lisias, dispuso que á media noche partiese nuestro santo con una buena escolta para Cesarea, donde se hallaba Félix, gobernador de la Judea, haciéndole un exacto informe de todo lo sucedido. Dos años le tuvo Félix preso en Cesarea, donde el santo confundió á los judios en cuantas ocasiones se ofrecieron, y convirtió á muchos paganos. Festo, sucesor de Felix, propuso á san Pablo en una junta si queria le remitiese á Jerusalem para que se sustanciase y se juzgase su causa; pero el santo, que sabia la conjuracion de los judios, respondió que no tenia de qué, pues se hallaba inocente, y jamás habia hecho mal á nadie, pero al fin, ya que su causa estaba on el tribunal del César, apelaba al César. El dia siguiente tuvo otra audiencia del gobernador en presencia del rey Agripa, quien quedó tan plenamente convencido de su

inocencia, que dijo á Festo debiera darle libertad, á no haber interpuesto la apelacion al emperador.

Prevenidas ya todas las cosas para el embarco, san Pablo, seguido de san Lucas y de Aristarco, se hizo á la vela para Roma. A pocos dias de navegacion se levantó una tormenta tan deshecha, que no solo se vieron precisados á arrojar al mar la carga, sino los mismos aparejos del navio; y continuando la borrasca con la mayor violencia, llegaron todos á perder la esperanza de salvarse; pero haciendo oracion el apóstol, consiguió que ninguno del navio pereciese; y con efecto, dando á la costa en la isla de Malta, todos ganaron tierra, unos á nado y otros en tablones, sin que hubiese uno que no se reconociese deudor de la vida al santo apóstol.

Recibieron los Isleños á los huéspedes con mucha humanidad, y encendieron fuego para que secasen la ropa: juntó san Pablo un poco de leña menuda para avivar mas la llama, sin reparar en una víbora que estaba dentro de ella, la que apenas sintió la mano cuando picó al apóstol con su furia natural. Víeronlo los bárbaros, y se persuadieron á que aquel hombre debia ser algun insigne facineroso, á quien perseguia la justicia de los dioses, esperando por instantes que cayese muerto en tierra; pero Pablo no hizo mas que sacudir la mano, y la víbora cayó en el fuego sin haberle hecho el mas leve daño; á cuya vista, atónitos los bárbaros, y mudando de repente de concepto, comenzaron a mirarle como á un hombre extraordinario. Hospedóle en su casa el mas considerable de la isla, llamado Publio, romano de nacion: tenia enfermo á su padre, y apenas le visitó san Pablo cuando quedó repentinamente sano. Con la noticia de este milagro acudieron al apóstol todos los enfermos de la isla, y todos cobraron salud. Despues de haberse detenido en ella tres meses, se em-

barcó el santo con sus compañeros, aportó á Siracusa de Sicilia, desembarcó en Puzol y partió por tierra á Roma.

Noticiosos de su venida, los fieles salieron en tropas á recibirle, y ya se deja discurrir la veneracion y la ternura con que lo harian. Diósele permiso para que anduviese libre por la ciudad, con solo un guarda de vista, y se aprovechó de esta libertad para instruir á los judios, y para confirmar á los fieles en la fe. Dos años estuvo en Roma san Pablo, en los cuales propagó maravillosamente el reino de Jesucristo, haciendo portentosas conversiones aun dentro del palacio del mismo emperador; y habiéndose justificado plenamente en todos los tribunales, se le despachó absuelto de todo cuanto le imputaban. Viéndose ya con entera libertad, llevó el Evangelio á muchas provincias; y no pocos autores creen haber estado el santo en España. Es probable que volvió al Oriente, no hallando descanso, ni aun consuelo sino en los trabajos apostólicos; pudiéndose decir sin exageracion que fué un milagro continuado la vida de este grande apóstol.

Restituyóse, en fin, á Roma hácia el año 67 para consolar y fortificar á los fieles en la persecucion de Neron, y encontró en aquella ciudad á san Pedro, que tambien habia vuelto á ella despues de varios viajes. En medio de ser entonces Roma como el centro de todas las supersticiones y todos los vicios del mundo, no pudo resistir al zelo de aquellos dos héroes cristianos. Ya habia convertido san Pablo á muchos oficiales del emperador, y habia puesto en camino de salvacion á una de las mas queridas concubinas de este, cuando fué arrestado y metido en prision en la que estuvo un año en compañía de san Pedro, hasta que coronó su gloriosa vida con una preciosa muerte, recibiendo la corona del martirio. Fue-

ron martirizados los dos apóstoles en un mismo día y en un mismo año, que fué el 68 del nacimiento de Cristo. Dícese que corrió leche en lugar de sangre de su santa cabeza separada del cuerpo, y que el verdugo que se la cortó, con otros dos soldados, se convirtieron á vista de aquella maravilla. Es también antigua tradición que en el lugar donde se ejecutó la sentencia brotaron tres fuentes, que se conservan corrientes hasta el día de hoy.

Tenemos catorce epístolas de san Pablo, en las que podemos decir se contiene toda la religion y toda la doctrina cristiana; pero se debe observar que no están colocadas segun el orden cronológico de los tiempos. Pónense las primeras aquellas que dirigió á todos los fieles de alguna particular iglesia, y despues las que escribió á sugetos particulares. La primera es á los Romanos, escrita desde Corinto el año de 57. La segunda es la primera á los Corintios desde Éfeso en el mismo año. La tercera es la segunda á los mismos desde Macedonia algunos meses despues. La cuarta es á los Gálatas desde Corinto ó desde Éfeso, el año de 56. La quinta á los Efesios desde Roma el primer año de su primera prision. La sexta á los Filipenses desde el mismo lugar, y casi con la misma data. La séptima á los Colosenses desde Roma el año de 62, uno posterior á la antecedente. La octava es la primera á los Tesalonicenses, y fué la primera de todas las que escribió hallándose en Corinto el año de 52. La nona es la segunda á los mismos desde el mismo lugar, y poco tiempo despues que la primera. La décima es la primera que escribió á Timoteo desde Macedonia, por los años de 59. La undécima es la segunda al mismo, durante su prision en Roma. La duodécima es la dirigida á Tito desde Nicópolis el año de 64. La décimatercia es la escrita á Filemon desde Roma, el año de 61. Y la última es la

epístola á los Hebreos ó Judíos convertidos de Jerusalem y de la Palestina, desde Roma, poco despues que recobró su libertad. En todas estas epístolas, además de contenerse toda la médula de la moral y de la doctrina cristiana, resplandece el tierno amor que el apóstol profesaba á Jesucristo, cuyo dulcísimo nombre repite en ellas á cada paso.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La conmemoracion del apóstol san Pablo.

En Limoges en Francia, san Marcial, obispo, con los dos presbíteros Alpiniano y Austricliniano, cuya vida fué ilustrada con milagros.

El mismo día, san Cayo, presbítero, y san Leon, subdiácono.

En Alejandria, el martirio de san Basilides, bajo el emperador Severo. Habiendo defendido este santo contra unos hombres impúdicos á la santa virgen Potamiana, á la cual acompañaba al suplicio, recibió de ella la recompensa de su santo denuedo, pues, habiéndosele aparecido ella misma tres días despues, y puéstole una corona sobre la cabeza, no solo le convirtió á la fe de Jesucristo, sino que le alcanzó además el ser un mártir glorioso sin pasar por largas pruebas.

En Roma, santa Lucina, discipula de los apóstoles, la cual, asistiendo con sus facultades á los santos necesitados, visitaba á los cristianos encarcelados, y se empleaba en sepultar á los mártires, junto á quienes fué ella misma enterrada en una bóveda construida por ella.

En la misma ciudad, santa Emiliana, mártir.

En el territorio de Viviers, san Ostiano, presbítero y confesor.

En Francia en el Mans, san Bertran, arcediano de

París, luego obispo del Mans, fundador de la abadía de la Conture.

En Marquienes en Flandes, la venerable Closinda, virgen, abadesa de aquel lugar, hermana de santa Isoya.

En Dué en Flandes, la venerable Prescenda, virgen, del mismo orden.

En Licia, san Paregorio, mártir.

En Cantorbía, san Deusdedit, sexto obispo de dicha ciudad.

En Pamplona, san Marciano, obispo.

En Inglaterra, santa Elgiva, reina, cuya traslacion se celebra el día 18 de mayo.

En Salzburgo, santa Erentruda, abadesa de Nómberga.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue :

Deus, qui multitudinem gentium beati Pauli apostoli prædicatione docuisti; da nobis, ut ejus natalitia colimus, ejus apud te patrocinia sentiamus. Per Dominum nostrum...

O Dios, que alumbraste á los gentiles por medio de la predicacion del apóstol san Pablo; suplicámoste nos concedas sea nuestro protector para contigo aquel cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor...

La epístola es del cap. 1 de la escrita á los Gálatas.

Fratres: Notum vobis facio evangelium, quod evangelizatum est à me, quia non est secundum hominem, neque enim ego ab homine accepi illud, neque didici, sed per revelationem Jesu Christi. Audistis enim conversationem meam aliquando in judaismo: quo-

Hermanos: Os hago saber que el evangelio que yo he evangelizado no es cosa humana, porque yo no le recibí ni le aprendí de un hombre, sino por revelacion de Jesucristo. Porque vosotros habeis oido decir cómo me porté yo un tiempo en el judaismo: cómo

niam supra modum persequabar Ecclesiam Dei, et expugnabam illam et proficiebam in judaismo supra multos coætaneos meos in genere meo, abundantius æmulator existens paternarum mearum traditionum. Cum autem placuit ei, qui me segregavit ex utero matris mee, et vocavit per gratiam suam ut revelaret Filium suum in me, ut evangelizarem illum in gentibus: continuo non acquievi carni et sanguini, neque veni Jerosolymam ad antecessores meos apostolos, sed abii in Arabiam, et iterum reversus sum Damascum: deinde post annos tres veni Jerosolymam videre Petrum, et mansi apud eum diebus quindecim, alium autem apostolorum vidi neminem, nisi Jacobum fratrem Domini. Quæ autem scribo vobis, ecce coram Deo, quia non mentior.

persegua á la Iglesia de Dios sobremanera, y la devastaba, y aprovechaba en el judaismo mas que muchos coetáneos míos de mi condicion, siendo el mayor zelador de mis paternas tradiciones. Pero cuando le agradó á aquel que me habia segregado desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia de revelarme á su Hijo para que yo le predicase á las gentes: inmediatamente no me aconsejé de la carne y de la sangre, ni fuí á Jerusalem á aquellos que eran apóstoles antes que yo; sino que me fuí á la Arabia, y volví segunda vez á Damasco. De allí á tres años despues fuí á Jerusalem á ver á Pedro, y estuve con él quince dias, y no ví á ningun otro de los apóstoles sino á Santiago, hermano del Señor. Y en lo que os escribo, Dios es testigo de que no miento.

NOTA.

« Escribió el Apóstol su epístola á los Gálatas despues de su viaje á Antioquía, y poco despues que les habia predicado el Evangelio. En esta admirable epístola se explican los misterios de la predestinacion, de la vocacion de los Gentiles y de su union á los Judíos con toda aquella majestad y dignidad que les corresponde.

REFLEXIONES.

No siendo el Evangelio palabra de hombre sino palabra de Dios, ¡con qué respeto, con qué ansia, con qué docilidad se debe oír, y con qué fidelidad se debe obedecer! No nos le enseñó algún puro hombre; enseñónosle el mismo Jesucristo, hombre Dios: él nos descubrió sus misterios; él nos instruyó menudamente en su moral; él nos explicó su doctrina; él nos intimó sus leyes. ¡Qué error! ¡qué extravagancia forjarse cada cual á su fantasía un nuevo sistema de religion, sin mas consulta que la de nuestra limitadísima razon y nuestro antojo! No nos descubrió el Salvador mas que un solo camino para ir al cielo: locura es presumir entrar en él por otro. Atórméntese cuanto quiera el entendimiento humano para hallar interpretaciones que favorezcan el amor propio: todas sus sutilezas y todos sus artificios solo servirán para echar polvo á los ojos. Nuestra ley es el Evangelio: no hay otra regla de conducta que sus máximas; ninguna clase, ninguna condicion de hombres está exenta de observarlas; ninguna edad está dispensada; á ninguna esfera, á ninguna calidad de gentes se han concedido privilegios contrarios. Siendo, pues, el Evangelio la única regla de nuestra conducta, ¿qué camino llevan aquellos cuya conducta es tan opuesta á las máximas de Jesucristo? pero ¿hay por ventura muchos cuyos dictámenes, cuya conducta y cuyas costumbres sean conformes con estas santas máximas? La concupiscencia es vicio de todas las edades; la inclinacion á los deleites se anticipa al uso de la razon; las pasiones reinan con despotismo y con altivez en todos los estados. Coteja con el Evangelio la profanidad, la delicadeza, la ociosidad y los pasatiempos de las mujeres del mundo: coteja con

esta divina regla la ambicion, la codicia y la poca religion de la mayor parte de los mundanos; coteja con ella la vida imperfecta y sensual de muchos que hacen profesion de devotos. ¡Dios mio, qué desproporcion tan enorme, qué disforme, qué monstruosa contrariedad! En medio de eso, ¡esas mujeres disipadas, esos hombres entregados á sus gustos y esclavos de sus pasiones son de la religion de Jesucristo, esperan el mismo jornal que los obreros mas laboriosos, creen el mismo Evangelio! ¿Puede haber mas vergonzosa contradiccion de fe, de esperanza y de costumbres? Verdaderamente que este es un misterio de iniquidad, pero misterio fácilmente comprensible. A costumbres tan corrompidas corresponde una fe desmayada y casi en la agonía. Si las obras son las fiadoras de la fe, si son la prueba mas concluyente de ella, ¿quién extrañará ya que el error cuente tantos parciales, que la herejía haga tantos progresos, que sea tan corto el número de los escogidos y tan escaso el de los verdaderos fieles de Jesucristo?

El evangelio es del capítulo 10 de san Mateo, y el mismo que el día XI, pág. 207.

MEDITACION.

DE LAS PASIONES.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las pasiones son el gran móvil de casi todas las acciones de la vida: son pocos los que no gimen bajo el yugo de su tiranía, y menos los que trabajan por sacudir de sí este yugo. Nacieron en el seno del amor propio, y el mismo amor propio las fomenta. Como son criadas de casa mas antiguas que